

Colección Limbus

SAD Y EL CLAN DE LOS MEDIO MUERTOS

Carlo Deffenu

Traducción

Vicenta Sánchez

MERACOVIA


Título original: *Il clan dei cari estinti*

© Carlo Deffenu, 2015

© Watson edizioni, 2015

Título: Sad y el clan de los medio muertos

Primera edición: Junio de 2016

© De la traducción: Vicenta Sánchez, 2016

© De la ilustración de la cubierta: Antonio Lorente, 2016

© Meracovia Editorial, 2016

Ptge. Riu Llobregat nº 13-15 2º 1ª

08917 Badalona (Barcelona)

www.meracovia.com

Publicado en colaboración con Watson edizioni

Diseño cubierta: Meracovia Editorial

Correcciones y maquetación: Núria Sancho Subirats

IBIC: FM

ISBN: 978-84-945087-3-8

Depósito Legal: B. 12271-2016

Impresión y encuadernación: Comgrafic, S.A., Barcelona

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

Dedico este salto a los ojos mágicos de mi madre.

Carlo Deffenu

*Con todo mi amor
a Gabriel, Laura y María*

V. Sánchez

ELLA ME VE

Un dragón gigantesco con las fauces abiertas escupía fuego, mientras un pequeño gnomo con la espalda arqueada trataba de protegerse detrás de un escudo de metal.

Corrado, inmóvil, admiraba el reflejo de las llamas sobre la superficie plateada del escudo y las escamas verdes del dragón que encajaban con esmero hasta las púas erizadas de la cola.

Sus amigos no debían estar demasiado lejos. Oía como sus risas se propagaban por los pasillos del hospital abandonado, pero él permaneció inmóvil un poco más. No llegaba a creer que alguien hubiese sido capaz de dibujar una escena tan bonita en la pared de una sala de espera.

Aún estaban los asientos de plástico alineados contra la pared opuesta, una mesita con la tabla llena de cera de colores y un reloj parado a las 12:07 de un día indeterminado.

—¿Qué haces, estúpido?

Mauro entró en la sala con la respiración entrecortada y el rostro rojo por la carrera. La pintura llamó de inmediato su atención.

—¡Es genial! —Abrió los brazos para medir la longitud del dragón—. ¡Mira la cola! Y las llamas... ¡parecen de verdad!

Sergio y Teo llegaron a continuación y, con un enredo de piernas, alternado con empujones, se dejaron caer sobre los asientos rojos para respirar grandes bocanadas de aire que calmaran los latidos enloquecidos de sus corazones.

—¿Habéis visto qué historia? —dijo Mauro, sacando del bolsillo de sus vaqueros el móvil para tomar una foto y publicarla en Instagram.

—¿Un dragón y un gnomo con un sombrero puntiagudo? —dijo Teo, apoyándose con los codos en las rodillas desnudas.

Sergio escupió en el suelo polvoriento.

—Parece una escena de Harry Potter.

Corrado se dirigió hacia las ventanas con los vidrios rotos y echó una mirada a los bancos oxidados del patio interior.

Giulia apareció hecha un mar de lágrimas por una puerta de cristal.

—¡Ponchito!

Su pelo rubio resplandecía bajo los rayos del sol y solo por un momento, un momento prolongado por aquel grito de desesperación, Corrado sintió como un escalofrío le recorría toda la espalda a pesar del calor.

—¿Era Giulia? —preguntó Mauro, volviéndose hacia la ventana de aquella sala de espera donde nadie esperaba nada desde hacía años.

Teo asintió.

—Ha gritado algo...

Corrado se apresuró a salir y caminar por el pasillo sin hablar. Giulia gritaba y para él solo contaba aquello: ayudar a la niña que observaba a escondidas en la escuela, aquella que se movía como ninguna otra y que reía con la risa más musical del mundo; la misma niña de ojos verdes que le dirigía la palabra a menudo y que parecía tener solo ojos para Mauro, Mauro el guay, Mauro el fuerte, Mauro, el rey del mundo.



Corrado miró alrededor. Estaba en el patio. Alguien había abandonado un motocarro sin ruedas cerca del mostrador de admisiones. Al girar alrededor de la columna de cemento chocó con Giulia.

—¿Te... te has hecho daño? —le preguntó, incapaz de abrazarla para calmar el miedo que reflejaban sus ojos. Giulia indicó que no con la cabeza.

—Ponchito se ha caído en un agujero y no logro verlo.

—¿Un agujero?

—Sí, en la sala con los dibujos en las paredes. Mara se ha quedado allí. Ven a ver, por favor.

Giulia tiró de su brazo, Corrado se dejó guiar hacia el patio, donde danzaban bajo la luz cegadora del sol una nube de mosquitos. Había en el aire un olor a podrido. Tal vez la carcasa de algún animal escondido entre la hierba, o tal vez algún dragón se había refugiado en las cañerías del hospital y el vapor caliente lo había cocido al punto.

—Ven aquí —dijo Giulia, tirando de él.

Llegaron a la otra ala del hospital. Atravesaron un pequeño patio que daba a una sala amplia y profunda. En las paredes se hallaban colgados los dibujos de los niños hospitalizados en aquel entonces. Hojas blancas repletas de cabañas coloreadas, coches, tractores, aviones, monigotes, soles sonrientes, nubes rechonchas, perros azules, gatos rosas... y en los bordes de las hojas muchos nombres escritos en mayúsculas con rotulador.

Mara, temblorosa, dirigió su mirada hacia la grieta que se había abierto en el armario que se hallaba al final de la sala.

Giulia y Corrado se acercaron a la puerta rota.

—El suelo se ha desplomado, ¿lo ves?

—Lo he llamado, pero no ha servido de nada —dijo Mara gritando como una rata.

Las gafas agrandaban sus ojos negros y sus labios se retrajeron en las encías mostrando unos incisivos demasiado prominentes.

Corrado tragó saliva, se asomó aterrorizado al agujero que había en el suelo para ver la silueta metálica de un enorme motor. Un motor que bombeaba un vapor asfixiante; un corazón negro apostado en la oscuridad de un hospital fantasma, capaz de cocer a un dragón con una exhalación.

Cuando se inclinó hacia el vacío, su instinto le dijo que huyera lejos. Se estaba metiendo en un lío que cada vez le gustaba menos, y así, concentrado en hallar un indicio valioso, retrocedió asustado cuando lo vio.

Lo que *ve* no lo ve con sus ojos de diferente color, lo ve con un ojo que se oculta en las profundidades de su mente. Cuando se volvió hacia Giulia tenía delante de él la puerta de aluminio de un subterráneo, sabía que para llegar hasta allí tenía que salir de aquella sala, atravesar todo el jardín, parando a la altura de una escalera con los peldaños de cemento y descender al mismo.

—¿Qué? —Preguntó Giulia, reflejándose en los ojos inmóviles de Corrado—. ¿Estás herido?

Mauro, Teo y Sergio entraron en la sala en ese momento y Corrado se vio obligado a parpadear repetidamente para poder enfocar a los que se movían frente a él.

La imagen había aparecido como un *flash*, sorprendiéndolo y cegándolo al mismo tiempo, así se manifestaba su poder.



El perro no estaba allí. Todo el mundo pensaba que había caído por el agujero, pero no era así.

Tan pronto como Giulia explicó lo que había sucedido a Mauro, éste se inclinó sobre el borde de la grieta para iluminar el fondo con la luz azul de su móvil. Teo y Sergio le sostenían por los pies y Giulia y Mara les suplicaban que se dieran prisa. Corrado fue apartado a un lado, se quedó fuera de la sala. Caminó por el jardín, escupiendo un mosquito que la había entrado en la boca, hasta que llegó a la escalera que conducía al subterráneo.

En su mente veía como una nariz roja emergía de una pila verdosa mientras trataba de no hundirse. Pasó por la misma puerta de aluminio que había visto en su visión y entró en un sótano oscuro y maloliente. Se oía un ligero gemido que se desvaneció por unos segundos y se oyó de nuevo, pero con menos claridad. Corrado siguió el sonido, dejando tras de sí sillas apiladas y unos bidones de metal con una calavera impresa en la tapa. Colgado en la pared había un tablón de anuncios con los turnos de trabajo y un rotulador verde atado a un cordel de nylon.

Corrado franqueó un pasillo corto y entró en una gran sala con sombras cada vez más amenazantes. A lo lejos podía ver la silueta de una gran caldera y oyó las voces de sus amigos.

Un brillo azulado se filtraba a través del agujero en el suelo del piso de arriba, aclarando las baldosas hexagonales del subterráneo. Había hojas esparcidas por todas partes y carpetas amontonadas al pie de un enorme archivador. Los gemidos empezaron de nuevo y la imagen de la nariz roja desapareciendo bajo el agua verdosa de la pila volvió de nuevo a su mente.

—Chicos, no se ve nada, ¡maldita sea! —gritó Mauro, unos metros más allá.

—¡No puede ser!

La voz de Giulia ya no tenía esa tonalidad limpia y musical capaz de trastornarle y hacerle enfermar una vez más, como en el primer año de la secundaria.

Dando la vuelta a los estantes, atestados con cajas de documentos, se percató que una mesa de madera se elevaba del suelo apoyada en su extremo en una escalera de ladrillo rojo, el otro lado parecía que estuviera suspendido en el vacío. Corrado se

acercó, desconcertado, y se dio cuenta que no había magia: la mesa descansaba en el borde de un gran bidón de color verde militar con un cráneo blanco pintado.

Se leía «SUSTANCIAS TÓXICAS».

Corrado se subió a un ladrillo y vio como en el interior del bidón asomaba la nariz roja de Ponchito, que apareció a la derecha al mismo tiempo que un alarido desesperado hizo eco en el interior del contenedor de metal. Un líquido denso y verde lo empujaba hacia abajo mientras que sus patitas trataban inútilmente regresar a la superficie. Corrado no conocía qué clase de sustancia era aquella, pero sabía lo que debía hacer. Estiró sus brazos hacia el perro y, cuando éste sacó la cabeza del líquido, tiró de él agarrándolo por las orejas. Ponchito, atemorizado y empapado, se dejó tener en brazos y comenzó a lamerle la cara.

—¡Lo he encontrado! ¡Está aquí! —gritó hacía el agujero del suelo para que le oyeran.

—¿Aquí dónde? —gritó Giulia.

—Ahora te lo llevo —respondió Corrado, mirando la lengua del perro teñida de un rojo violáceo antinatural.

Él entendió lo que era cuando se vio una bolsa de caramelos de fresa abandonada bajo la mesa de madera. Esto fue lo que había atraído a Ponchito hasta allí: un cebo gomoso con sabor a fresa. Una broma cruel urdida por algún imbécil descerebrado con un pésimo sentido del humor. Miró bien la mesa y se dio cuenta que la extremidad había sido serrada casi del todo: el trozo de madera había caído dentro del bidón junto al perro y ahora flotaba en la superficie verdosa de aquella trampa mortal.

Acariciando la cabeza del animalillo, Corrado volvió a la superficie en el pequeño patio lleno de matojos. Giulia se acercó corriendo a él y lo abrazó, llenándolo de besos. Corrado se puso rojo como la lengua de Ponchito y se dejó llevar por la gratitud de la chica, todavía chorreando, con la camisa y el pantalón embarrados con fango verde.

—Gracias, gracias... ¡Has salvado a mi cachorro!

Mauro observaba la escena en silencio, abriendo y cerrando los puños; Mara lloraba y Teo y Sergio, aturdidos por los acontecimientos, sonrieron como tontos uno al lado del otro.

—¿Pero qué es eso, mocos? —susurró Teo al oído del amigo.

—No lo sé, pero ¡es asqueroso! —respondió Sergio, mirando los grumos pegados en el pelaje del animal.

UN DISFRAZ PAVOROSO

Un mes después. Miércoles 31 de octubre de 2012

—Pero Mamá, ¿tengo que...?

—Claro. He visitado todas las tiendas del centro hasta que he dado con el disfraz.

—Me da vergüenza.

—¿Cómo que te avergüenzas? Fuiste tú quien me dijo que te gustaba Superman.

—Sí, pero para el carnaval. Ya sabes, la fiesta del colegio. El año pasado fui vestido de chino mandarín y todos se burlaron de mí.

—Pero vamos a ver, ¡qué pueden saber tus compañeros de disfraces originales! Son unos patanes.

—Sí, está bien, pero Superman para Halloween no pega. ¿Cómo voy a salir así?

—Pues como hacen todos los chicos. Te preparas, sales de casa y paseas preguntando: *¿truco o trato?*

—¿Sabes que Mauro irá disfrazado de Jack Sparrow, Mara de bruja, Teo de vampiro asesino y Sergio de hombre lobo?

—¿Y...?

—Pues que Superman no tiene nada que ver. ¿Lo entiendes, *Madre?*

—¡Oh, qué caprichoso!

—No soy caprichoso. Giulia irá de Sally, la muñeca de trapo de Pesadilla antes de Navidad. ¿Qué me dirán cuando me vean aparecer con este disfraz ridículo?

—¿Desde cuándo tu personaje favorito se ha transformado en algo ridículo?

—Si llamo a la puerta de alguien disfrazado de Superman se van a partir de la risa.

—¡Vaya, eres un aguafiestas!

—Por favor, *Madre...*

—¿Y si transformo a Superman en un Superman malísimo?

—¿Cómo?

—Te maquillo de zombi y te conviertes en un zombi con los poderes de Superman. Nadie puede superar eso. Piénsalo: puedes volar a la velocidad de un misil, levantar un camión con el dedo meñique o provocar un tornado devastador con un simple estornudo. ¿Qué fuerte, no?

—Quizás... Pero raro.

—Anda, ve a tu habitación, ponte el disfraz y regresa para que te maquille.

Corrado vaciló por unos segundos en la puerta de la cocina. Vio que Sonia, su madre, seguía trabajando la masa para los dulces de Todos los Santos, entonces se alejó en silencio, cabizbajo.

Estaba triste y no sabía cómo explicarlo a los mayores de su familia. Aquel año su padre había muerto al caer de un andamio y Corrado no lograba superar el dolor que le provocaba aquella pérdida imprevista.

Su padre era realmente bueno construyendo paredes. Conocía los secretos del cemento, la arena y los ladrillos. Cuando hacía la mezcla seguía la receta de su padre, maestro albañil, que murió en su cama de viejo. El abuelo Bachisio se fue directo al cielo mientras dormía, sin molestar a nadie, ni tan siquiera a la abuela Assuntina que dormía a su lado.

Su padre, en cambio, cayó de un andamio por ayudar a un compañero que corría peligro. El hombre, por una repentina bajada de tensión, se tambaleó hacia el exterior de la pasarela y pidió ayuda. Todo ocurrió en pocos segundos. Ninetto se volvió con una paleta en la mano, sobresaltado por la voz ahogada del compañero, e intentó sostener el peso del cuerpo que le caía encima con la fuerza de sus brazos. Solo el peón, que estaba lidiando con un montón de arena que debía agregar a la hormigonera, vio como dos hombres se precipitaban al vacío. Cinco pisos, un quejido inhumano y un ruido espeluznante de huesos rotos que todavía recordaban en la obra. El peón, inclinado, vomitó el desayuno. Los primeros auxilios los prestaron los compañeros que trabajaban en el garaje del edificio de al lado, que estaba en construcción.

Corrado pensaba a menudo en la suerte que le había tocado a su padre: en su interior se había roto algo y todo aquello que antes lo hacía reír, las bromas, los chistes, los cómicos de *Zelig*, su programa favorito de televisión, los dibujos animados, ahora le parecía un montón de gilipolleces sin sentido.

La madre lo observaba preocupada sin saber muy bien cómo comportarse, mientras sus amigos, después de los primeros momentos algo incómodos, ya que Corrado era el primer chico del colegio que había perdido a su padre en un accidente, comenzaron a llamarlo *Sad*.

Fue Mauro el que le adjudicó el mote durante una clase de inglés. La lección se concentró en la traducción de una canción de Oasis que se titulaba *Sad Song*. Mauro, con su cara de gorila, se giró hacia Corrado, sentado dos bancos detrás de él, y con grandes carcajadas le dijo:

—¡*Hey, Sad...* esta canción parece hecha a tu medida!

Algunos rieron la gracia, otros se sentaron derechos en sus sillas para ver cómo acababa todo y el profesor sacudió con la mano abierta la mesa, llamando a todos al orden con un tajante *Silence!*

Corrado había bajado la mirada hacia el libro de texto, se mordía el labio inferior por la rabia que le consumía por dentro y, para no llorar, focalizó su mente en las palabras escritas:

*Sing a sad song
in a lonely place
try to put a word in for me...*

Ya fuera de la escuela, Mauro le persiguió hasta la avenida arbolada, le echó un brazo por los hombros y le preguntó:

—¿Entonces, Sad, te gusta tu nuevo apodo?

—¡Da asco! —le espetó Corrado, liberándose de su abrazo.

—¡Es perfecto!

—Me llamo Corrado.

—No, te llamabas Corrado. A partir de hoy te has convertido en Sad, el chico triste. Adiós Sad, nos vemos mañana.

Fue así como desapareció Mauro, en medio del tráfico en hora punta, sin respetar el rojo del semáforo.

Las cosas entre ellos se habían complicado un poco más después del rescate del perrito de Giulia en el viejo hospital abandonado. Aquel domingo por la mañana volvió a casa sucio, con la piel enrojecida por el contacto con el fango verde y con una sonrisa dibujada en la cara. La misma cara de perdedor que Giulia había besuqueado eufórica una hora antes, indiferente a la mirada hostil de Mauro.

La venganza del compañero se había consumado el sábado siguiente con el inesperado bautismo que, a golpe de risas, había reabierto heridas mal curadas.

Corrado llegó con los ojos rojos y no dijo nada a su madre. La encontró intentando hablar por teléfono con alguien y ella, al verlo firme delante de la puerta, le hizo una señal con la mano:

—Espera un momento, estoy ocupada.

Corrado se dirigió a su habitación con la mochila al hombro y se sentó en la cama mirando por la ventana. Sonia se lo encontró así al entrar en su habitación.

—¿Qué haces, no te desnudas?

Corrado murmuró algo sin mirarla.

—Levántate. Aún llevas la mochila y no te has quitado el impermeable, y con este calor puedes sudar y enfermarte. Por tus ojos parece que tengas fiebre.

Corrado se levantó y sin oponer resistencia se dejó ayudar para sacarse la mochila.

—¿Qué llevas aquí? Pesa una tonelada.

Se quitó el impermeable también. Permanecía inmóvil en el centro de la habitación en camisa y *jeans*.

—Cariño, ¿qué te sucede? —le preguntó Sonia, colgando el impermeable en el armario.

—Mamá, ¿crees que soy un chico raro?

—¿Raro en qué sentido?

—No lo sé... Raro.

—Pero, ¿cómo se te ocurre semejante cosa?

—Mis ojos son diferentes.

—Tus ojos son preciosos. David Bowie también los tiene así y nadie se ha reído por ello.

—¿Y quién es?

—Un cantante súper famoso de mi época.

—¿Tiene un ojo azul y otro amarillo?

—No recuerdo si son exactamente de tu color. Buscaré alguna foto por internet para asegurarme. Pero tranquilízate, el Duque Blanco se ha labrado una carrera gracias a su originalidad.

—¿Es noble?

—De carácter seguro que sí. ¿Sabes que estaba locamente enamorada de él cuando era una jovencita?

—¿De verdad?

—Sí, siempre ha sido un hombre así... ¡tan especial!

—Me gustaría convertirme en alguien especial como ese Duque.

—Pero tú ya eres especial cariño. Lo eres para mí.

—¿Estás segura, *Madre*? ¡Es importante!

—Claro que estoy segura. ¡Ven aquí tontorrón! —exclamó Sonia, tirando de él para abrazarlo con fuerza.

Corrado se dejó envolver por su perfume dulce, sin pensar en nada más. Su madre siempre olía a cosas buenas (vainilla, uvas pasas, café, limón, chocolate) y aquel olor inundó su olfato.

Pese a las afirmaciones de Sonia, aquel apodo arraigó en su día a día como semillas de malas hierbas. Todos comenzaron a llamarlo así. Incluso los bedeles cayeron en la trampa de Mauro, y Corrado, desalentado por la magnitud que habían adquirido los hechos, claudicó y se limitó a aceptar la evidencia.

—¡*Hey*, mira, te viene como anillo al dedo! —Exclamó Sonia, viendo a Corrado inmóvil con el traje de Superman en el umbral de la cocina—. ¿Por qué pones esa cara? ¡Estás genial!

—¿En serio? A mí no me gusta. Estos músculos de mentira... no logro caminar bien.

—Mejor, parecerás un zombi perfecto. Ven, ahora te maquillo y después me dirás si tu madre no tiene razón.

Sonia se lavó las manos bajo el grifo de la cocina y sin perder tiempo se dirigió al baño con una idea precisa: transformar a su hijo en el zombi más terrorífico de la ciudad.

Corrado, metido en el traje de gomaespuma, la siguió torpemente por el largo pasillo con la extraña sensación de que para él aquel día de Halloween no acabaría nunca.